

CIUDAD

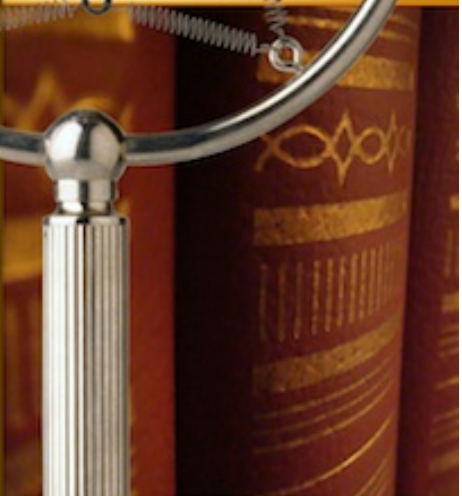
Posibilidades del ingenio contra
el Dinero
MADRID

1996

Conferencias



AGC



Darí­a algo por poder ayudar aqu­í a plantear de veras el problema.

Pues ello es que me parece inútil, y una cierta mansa hipocres­ía, el tratar de la movilidad de la gente en las ciudades, mientras se olvida que el que tiene que moverse, porque, si no, se pierde, es el Capital. Y lo uno no casa ni se compadece con lo otro por m­as ilusiones que se hagan les bienintencionados que quieren arreglar el estropicio ingente de las ciudades, reducidas ya, salvo unas pocas muestras de recuerdo, a meros conglomerados de bloques de nichos separados por anchas v­as de circulaci3n, o atasco, da lo mismo, para los autom3viles o verdaderos habitantes; esto es, algo tan ajeno a lo que se entend­a por 'ciudad', que a los que todav­a llaman a eso con ese nombre se les deb­an por lo menos subir les colores a la cara al pronunciarlo.

Eso es lo que la necesidad de movimiento del Capital ha producido, al mismo tiempo que, congruentemente, reduc­a los campos a desiertos cruzados por autov­as.

Y es qua el Capital tampoco es sumamente inteligente, sino s3lo medianamente listo, y no ha encontrado, se ve, otra manera de seguir movi3ndose y manteni3ndose. Se alimenta de la muerte -eso ya se sabe.

Y sin embargo, contra eso, a pesar de todo, apelo aqu­í al ingenio: al ingenio de la gente y tambi3n, en la medida que sean gente todav­a, al de los ingenieros. Para lo cual tengo que intentar presentar aqu­í muy claro el principal criterio que distingue la operaci3n del ingenio de la operaci3n del Capital.

Ese criterio es el que podemos llamar *inspiraci3n desde abajo* oponi3ndolo a *planificaci3n... desde arriba*, no hace falta ya a­adirlo.

Tal vez sea mejor empezar por lo segundo, lo m­as trivial y realmente padecido, y recordar qua el Capital no puede operar por otra v­a que por la del proyecto y planificaci3n. Esto cualquier ejecutivo en ciernes lo tiene bien sabido: sin un plan, y mejor cuanto m­as extensi3n abarque. Y es geom3trico que, cuanto m­as extensi3n quiera abarcar, m­as arriba tiene que subirse para verla; sin eso, ni hay Empresa ni Mercado ni Estado ni Constituci3n ni ni­o muerto.

Es evidente asimismo que los planes, y los planos, no pueden hacerse m­as que arrasando: as­ tienen que ser de simples y viables. Imag­nese lo que ser­a si el Plan tuviese que tener cuenta de esos tres puntitos de unos olmos que se divisan apenas all­a al pie de la v­a, o de ese c­nife de mujercita que parece que est­a tendiendo un pa­olito blanco diminuta en algunos ramajos que haya junto a esos daditos de caser­o: ¿ad3nde ir­amos a parar?: tendr­a que acabar acord­ndose (¡v­alganos Dios!) de los musgos y jaramagos que crezcan en el tejado de esa motita de merendero derruido.

No, se­or: todo tiene que estar limpio, limpio: tan limpio que no consista m­as que en tantos metros cuadrados, tanto de densidad de poblaci3n por kil3metro cuadrado, tanto de crecimiento del ­ndice de demanda previsible para los pr3ximos cinco a­os; no mucho m­as all­a de lo que pueda comprender un chimpanc3 manejando un ordenador. S3lo sobre eso puede el Capital echar sus c­culos y realizar sus previsiones.

S­, porque es que, record3moslo, la ­nica arma del Capital es la Idea del futuro, es el Futuro. Y por eso, en nuestros d­as, el movimiento y movilidad esencial de los conglomerados urbanos consiste, ¿a qu3 vamos a enga­amos?, en las obras, ya saben: las obras que cada a­o se estienden a m­as y m­as ­reas de bet3n o de adoquines, a m­as profundidad en los socavones y m­as aceleraci3n en el sucederse unas a otras; 3sas que enarbolan por doquiera este cartel ESTAMOS TRABAJANDO POR SU FUTURO. PERDONEN LAS MOLESTIAS.

Ése está a punto de convertirse en el panel de identidad (y esquila de defunción) del Estado del Bienestar.

Y no podemos decentemente hacernos ilusiones con eso de que, últimamente, las obras sean en una cierta proporción (dentro de lo que al Plan, ganando un poco, a la fuerza, en inteligencia, haya llegado a asimilar) de restauración o rehabilitación de algunos trozos de las antiguas casas y ciudades, pese a que ello implicaba una cierta confesión de la incapacidad para hacer casas y ciudades nuevas.

Pues, mientras eso se refiera, como tiene que referirse, a la consabida minoría (del territorio y de los presupuestos), no puede sino servir a sostener y disimular el arrasamiento mayoritario. Pero es el derrocamiento de la Mayoría lo único que a la gente podría valerle de verdad la pena. ¿No es acaso el ideal democrático, de que la Mayoría sean todos, el ideal sustentador del Régimen que padecemos?

Pues bien, frente a la planificación, apelábamos a la 'inspiración desde abajo'. ¿Qué quiere decir eso? Pues, hombre, eso es a lo que le gente ha aludido desde siempre cuando hablaba de 'ingenio': ingenio era el arte de no sólo vencer las dificultades (del terreno, de la masa, de las condiciones previas, de los tiempos difíciles), sino aprovecharlos como estímulo para la invención y fabricación de trazas y artilugios nuevos: un valle entre cerros desiguales que obliga, para no cavar, a trazar un puente de arcos remontantes; una peña saliente en medio de la ciudad que hace crear, obedeciendo y dominando, ese gracioso recodo de la calle, ese retranqueo de la fachada del palacio, hasta esa ocurrencia de desbastarla un poco para pedestal de una estatua de pastor con un carnero a sus plantas dormitando; ese sol de justicia que desarrolla una red de callejuelas con los aleros de las casas avanzando para sombrero y los patios sombríos con el borboteo de la fuente en medio; ese frío inclemente que lleva a inventar o reinventar el sistema gloria de calefacción o a buscar maneras de almacenar el calor del estío para los días malos; esa dureza de la nieve caída días atrás que invita a hacer un muñeco de frente abultada y barbilla cuadrada como el Señor Alcalde; ese retorcimiento de las cuatro ramas del arbolito seco que inventa un biello más útil y curioso para remover el bálago de la cebada; esas vetas arenosas del subsuelo de la urbe que hacen imaginar, para el ferrocarril metropolitano, un nuevo sistema de firme y bóveda; esas ruinas del Teatro Marcelo enseñando, con sus molduras y sus grietas, a trazar sobre sus muros una colmena de casitas de vecinos; esas complicaciones de las reglas acentuales de una lengua nativa promoviendo, al querer usarse para poesía, el invento de una nueva versificación y canto.

En fin, ¿para qué recordarles a los lectores más y más de los casos de ingenio que tienen en su memoria, y para qué más hurgarles en los corazones?

Eso es lo que era ingenio; con lo que esta desvalida grey de monos parlantes logró sobrevivir mal que bien hasta las puertas de la Historia, y lo que todavía, a lo largo de este siglo de siglos de historia desgraciada, ha seguido permitiendo que la gente, aun bajo el imperio del Plan y del Futuro, recuerde de vez en cuando y hasta palpe, por descuido, lo que era vivir, lo que era vagar por los campos de pueblo en pueblo, lo que era andar por las calles de la ciudad y juntarse a cantar a la sombra de las catedrales e de las tabernas.

Eso era la inspiración desde abajo; eso es lo que era ingenio, y eso es lo que sigue siendo ingenio, si es que es algo.

Confío en que ya con esto se vaya entendiendo ahora algo mejor hasta qué punto es el ingenio incompatible con las operaciones de plan y arrasamiento del Capital.

Por otra parte, bien lo ha sentido y sufrido en sus carnes cualquier arquitecto, cualquier ingeniero medianamente lúcido y sensible que ha tenido que ponerse al servicio, porque a ver, si no: el dinero es la realidad, muchacho) y que luego, sin embargo, ha querido hacer algo de veras, algo no previsto ni planeado desde arriba: a testimonio llamo, primero, los disgustos (no sólo con el Régimen, sino también consigo mismo), y luego, las fatigosas componendas.

Y, si bien no rehúyo, como se ve, ponerme sentimental (porque, en contra de lo que pretenden hacer creer, el sentimiento y la inteligencia están siempre del mismo lado), querría, en cambio, rechazar de aquí toda referencia a la cuestión estética: porque está uno harto, en estas contiendas (lo mismo si se trata del ferrocarril que si se trate de la Madre Naturaleza), de ver cómo los Ejecutivos se sirven de la estética (lo bonito, lo romántico) para inutilizar las reclamaciones de la gente.

Les han enseñado desde pequeñitos la Ley que rige el mundo, a saber, la de que lo malo es bueno; así que, por tanto, en una primera fase, no dudan en sacrificar, "con dolor de su corazón", tierras de hermosura, ciudades bien hechas, gentes con sus costumbres, en aras del interés superior de la Empresa, o del Estado, o de la Humanidad - da igual; pero luego, en una segunda fase, cuando con el desarrollo del desarrollo hasta el Capital ha perdido el Norte, aplican la Ley en sentido inverso, y, faltos ya de otro criterio, de la fealdad, horror, insipidez vomitiva y pedantería apestosa de cualquier cosa da éstas que construyen o planean, deducen que es que debe de ser en algún sentido buena, práctica, realista, necesaria, cargada de futuro.

En éstas pues, se hace preciso cortar tajantemente y decir de una vez "Basta ya, tío": lo hermoso es hermoso porque es bueno, porque es útil de veras, porque responde a deseos nacidos de abajo, no administrados desde arriba, porque en ello se siente latir la obra del ingenio convirtiendo la resistencia de la masa y el sufrimiento de la Historia en inspiración y hallazgo de lo nunca hecho.

O ¿qué se creía usted?: ¿por qué la curva de huida de los andenes de la estación de Francia es una hermosura, y nada parecido podrá decirse nunca de la estación de Sants?, ¿por qué las calles y plazas y callejas de por lo menos Segovia manteniéndose medio viva son de por sí una fuente de goce desconocido, y aún (porque aún hay que marcar fases en el progreso del Plan y de la muerte) podía la gente rebullir a ratos en las calles del plano del Pireo trazado por Hipodamo bajo Periclés o en la cuadrícula romana de las de Cádiz o en el Ensanche de Barcelona, pero nada pueden ofrecer las urbanizaciones de nuestras afueras abandonadas a la especulación y al futuro del Dinero más que la tristeza de una tarde de Domingo eterna? ¿por qué una estación de ferrocarril de pueblo es un sitio de alegría, adonde van a ratos a vivir también los que no viajan, mientras que un aeropuerto o una estación de autobuses son, por alguna necesidad, la mansión de la desolación y el tedio?, ¿por qué un tráfago de tranvías es un jolgorio de ojos y de oídos, mientras que ese flujo de autobuses embutidos entre autitos es un cansancio y aburrimiento mortal de los corazones? ¿Se creía usted que esas cosas son hermosas porque son de ayer? ¡Venga, hombre! ¿Por qué, por lo menos, no lo enuncia del revés?

Sébase pues que nunca el bienintencionado salvador de las ciudades y la vida de las calles podrá fundarse en motivos estéticos, ni históricos tampoco: el único motivo es la reclamación de la utilidad, de lo palpable y no ideal ni futuro, del uso inmediato para la gente que siga viva, de la utilidad verdadera que por lo bajo están pidiendo su ra-

zón y sus corazones. Lo de hermoso, se da por añadidura; no sea que, por adecentar un poco el estropicio de la ciudad, vengamos a contribuir al estropicio con más obras y cartelitos de futuro.

Y si, llegados aquí, alguno de los que se esfuerzan por guardar un poco la ciudad y la vida de sus calles del atasco y el arrasamiento que el movimiento del Capital requiere se queda haciendo eso de darme la razón en lo que digo (como si la razón pudiera ser de alguien), pero meneando tristemente la cabeza y recordándome que, de todos modos, el hecho es que el Dinero está ahí (esencialmente, en lo alto), con su Red Informática Universal y su Creación de Puestos de Trabajo, y con él están los Estados Desarrollados, cuya política no puede ser otra que la del gran Dinero, y que, en fin, ésta es la realidad y con ella tenemos que contar y hacer lo que se pueda y procurar que, dentro de la realidad, las cosas sean lo menos malas, etcétera, ¿qué diablos quieren, de una vez, decir esas monsergas? Todo su fundamento es una creencia falsa: a saber, que este orden es el Orden, y que no hay otras maneras de sociedades o comunidades ni ciudades ni personas que éstas que se nos venden.

Pero es mentira: las posibilidades de otros y otros órdenes son sin fin; lo que pasa es que no están dadas: hay que inventarlas y que hacerlas. Porque solo el que mira desde lo alto sabe el Futuro: la gente por acá abajo, no lo sabe: lo va haciendo; y lo va haciendo gracias a que no lo sabe. Así lo ha venido haciendo desde tiempos inmemoriales, hasta que llegó el día que el Señor, es decir, el Dinero en Persona, tenía que dirigir y ordenar aquellos inventos y producciones desmandadas, y de ahí vino la planificación, los trabajos para el Futuro, el suelo seducido a metros cuadrados de especulación (idealista y financiera, que van juntas), los conglomerados de bloques de nichos de televidentes, las autovías trazando por los campos su recta hacia el Futuro y da vez en cuando esos ochos y revueltas que tanto les gustan a los ingenieros de caminos (a los vendidos, digo, naturalmente) que consiguen que para ir hacia el Este haya que tirarse tras kilómetros marchando hacia el Oeste (pero allá en lo alto el ojo del Señor sabe adonde van al fin todos los caminos) y los cerebros informáticos municipales planeando con su red de semaforitos el caos y la arritmia mortal del tráfico de autos, el único caos y anarquía que en realidad se ha conocido nunca.

Contra ese Orden que se vende como único, a la invención de órdenes y pueblos y ciudades nuevas, es para lo que evoco y llamo al ingenio inagotable que mana del sentido común y de la tierra, y que sin duda ha tenido ya que vérselas otras veces (un siglo de siglos es tan poca cosa después de todo) con otros regímenes de la estupidez y el miedo peores aún que el Régimen que nos ha tocado padecer.

Y, si algunos, de entre los ingenieros y de la gente del común, encuentran que bajo este Régimen, con el Dinero y el Futuro encima, no puede hacerse nada bueno, pues entonces... Ahí los dejo, a la gente y a los Ingenieros, a que saquen la consecuencia.